

Félix Martínez Bonati



“las circunstancias en Chile en esos años hacían, si se pensaba en el desarrollo del país, que el tema universitario fuese muy central en todas las discusiones, estábamos todos preocupados por el futuro de las universidades en Chile.”

ENTREVISTADO POR:

Iván Carrasco*

Sábado 15 de noviembre 2003

Iván Carrasco (IC): Don Félix, usted se vino el año 1962 a Valdivia para ser Rector de esta Universidad, el Rector más joven del país, posiblemente de la historia de las universidades chilenas. Ya tenía un doctorado en Alemania, era director del Departamento de Castellano de la Universidad de Chile, era profesor de la Universidad de Chile.....¿Y por qué se vino a Valdivia?...

Félix Martínez (FM): Bueno, las circunstancias en Chile en esos años hacían, si se pensaba en el desarrollo del país, que el tema universitario fuese muy central en todas las discusiones, estábamos todos preocupados por el futuro de las universidades en Chile. Fue un momento de transformación profunda. Yo también estaba preocupado de esto y había escrito sobre asuntos universitarios, cuando Jorge Millas, que fue decisivo en este proceso, me dijo que en Valdivia hacía falta un rector, porque el anterior había renunciado, y que, en fin, se requería una persona joven, nueva.

«Valdivia en el año 62 no se recuperaba ni mucho menos de los efectos del terremoto del 60, estaba de todas maneras en una situación económica de decadencia».

Él me impulsó, en suma, y también estableció contactos, habló con gente de Valdivia, porque en ese tiempo nadie me conocía. Entonces vine, me invitaron a dar una conferencia que tuvo buena resonancia y la candidatura fue adquiriendo una dinámica propia. Después, para mí, comprometerme ya fue irresistible en cierto modo, dado que yo me había empeñado en difundir ciertas ideas, ciertas propuestas con respecto a las universidades en Chile, y entonces se ofrecía esta oportunidad de poner algo en práctica. Habría resultado un poco contradictorio si yo hubiera dicho “Bueno....fíjate que yo he hablado mucho sobre esto, pero no estoy dispuesto a intentar llevarlo a la práctica”, de modo tal que mi venida fue una consecuencia un poco de los debates universitarios, de la reflexión sobre los problemas universitarios de aquellos años, la sensación que teníamos todos de que las cosas no andaban bien en el sistema universitario de Chile en ese momento, y que hacía falta una renovación.

De ese clima surgió la idea de Jorge Millas de impulsarme a mí en esta dirección cuando se produjo esta coyuntura en Valdivia. Fue una cosa totalmente casual que en ese momento el Rector renunciara y que la universidad se quedara entonces buscando a otro....y querían buscar a alguien de afuera, además. Eso fue otro punto importante, porque debido a las divisiones que había habido en la universidad hasta ese momento, se quiso que ninguno que

perteneciera a los bandos ya establecidos fuera el Rector. Se propuso traer a alguien que no tuviera nada que hacer con la situación que se arrastraba. Yo había estado en Valdivia, pero apenas conocía la ciudad.....porque había estado una vez de pasada, unos dos o tres días, varios años antes, pero no tenía ningún contacto en ella.

Entonces, esa fue la situación que se creó para mí y en cierto modo el desafío, que no pude rehuir, de tratar de poner en práctica algunas de esas ideas que había estado discutiendo en varias ocasiones.

IC: Me imagino que fue difícil el cambio, venirse de una ciudad grande, Santiago, que mal que mal es la capital, una ciudad que en ese momento era "la ciudad", a Valdivia, que era prácticamente una aldea, recién semidestruida con el terremoto, con mucho elemento campesino todavía... ¿no había algo difícil en eso?

FM: Si, para mí este cambio de atmósfera no fue fácil. Valdivia en el año 62 no se recuperaba ni mucho menos de los efectos del terremoto del 60, estaba de todas maneras en una situación económica de decadencia, porque muchas de las fuentes tradicionales de la riqueza valdiviana, como los altos hornos de Corral, la cervecería, la compañía naviera, las fábricas de calzado, todas estas instituciones de enorme importancia económica para la ciudad, se habían venido abajo. La ciudad estaba en una situación muy deprimida, lo que se traslucía en todas las actividades, en la atmósfera general, que ya físicamente estaba muy arruinada. Todo esto, para el que venía de afuera, claro, presentaba ciertos problemas anímicos, había que sobreponerse un poco a esta depresión que me producía a mí, claro, sobre todo viniendo de Santiago, otro clima. Sí, eso me costó un poco, debo decirlo, en los primeros tiempos tenía que hacer un esfuerzo casi cada mañana para sobreponerme a esa sensación de letargo, pero eso fue cambiando a medida que me fui adentrando en los problemas de la universidad, ahí ya empecé a olvidarme de todo esto. Debo decir, eso sí, que en esos años vi relativamente poco de Valdivia. Mientras más trabajo había en la universidad, más tiempo tenía que pasar yo afuera, viajando, o si en Valdivia, en las oficinas, en el trabajo, y tuve en aquellos años menos contacto con la ciudad y con la realidad social y física de la ciudad, menos contacto de lo que habría sido lo

normal, porque la actividad en la Rectoría es, naturalmente, muy absorbente. Cuando estaba en la ciudad, en Valdivia, estaba mucho tiempo encerrado, y si no, estaba haciendo diligencias. En Santiago había mucho que hacer, de modo tal que los viajes eran seguros.

No tuve nunca en esos años la sensación de estar en Valdivia, en casa, pasando los fines de semana en forma normal. No, algo de eso, es curioso, lo vine a gozar en Valdivia un poco después cuando fui profesor, luego de dejar la Rectoría. En esos años tuve recién una cierta tranquilidad personal, en los años 70, 71. Claro que esos años fueron difíciles del punto de vista de los enormes conflictos políticos que afectaban al país y a la Universidad. En realidad, en los años 68 y 69 ya había empezado a sentirse el efecto de estas transformaciones en el país, la agudización de los enfrentamientos... De todas maneras la ciudad misma me resultó familiar en esos últimos años.

IC: ¿Cómo era la vida cotidiana en la universidad?. Es decir, aparte naturalmente de las clases y los trámites, ¿cómo era? Porque en ese tiempo habían mucho menos profesores y estudiantes, me imagino que había un sentimiento de estar construyendo todo esto.

FM: Sí, uno conocía prácticamente a todo el mundo en la universidad. Cuando yo llegué había algo así como 300 estudiantes y cuando me fui había 1500, de todas maneras eran números abarcables. Estaba todo dentro de ciertos límites, no había una gran cantidad de gente y el número de profesores también era pequeño. Yo conocía personalmente a todos los profesores, nos veíamos en las reuniones que teníamos, era un ambiente de contactos intensos y de mucha unanimidad, de una unanimidad no provocada sino auténtica, porque estábamos todos metidos en una tarea que era muy difícil, la de poner a la universidad en una posición de prestigio en el país, de conseguir, además, la autonomía legal que estaba pendiente y que logramos hacia el final de los años de mi rectoría. Creo que eso tuvo una gran ventaja, este hecho de que todos teníamos muy clara conciencia de las grandes dificultades que enfrentábamos. Había una gran cohesión. En realidad no tuvimos divisiones importantes.....hubo diferencias políticas, como siempre, claro, pero nunca tuvimos bandos obstinados en torno a la política universitaria. Se podía obtener un consenso para las medidas que se tomaban y las cosas que se hacían.

Y nos reuníamos con frecuencia. Yo exponía con bastante regularidad la situación en que nos encontrábamos ante los profesores, en verdad, en reuniones que hacíamos muchas veces aquí en esta sala que todavía existe, la hoy llamada sala "Jorge Millas", al lado de la Facultad de Filosofía, que era también nuestro salón de actos, donde hicimos los encuentros de poesía, de repercusión nacional, y los tres inolvidables recitales de Neruda en 1967. Y finalmente en esa sala firmaron el Presidente Eduardo Frei Montalva y el Ministro Máximo Pacheco Gómez la Ley de Autonomía de la Universidad Austral, aprobada por unanimidad en la Cámara y el Senado en 1967. Esto de tener al tanto a prácticamente todos los profesores de los pasos que se daban y escuchar lo que ellos decían, es posible hacerlo en una universidad pequeña, en una ciudad pequeña, en que el contacto humano directo es practicable, lo que después, en una Universidad con más de 10.000 estudiantes, con profesores que son varios centenares y con una administración mucho más compleja, ya es otra cosa. La administración nuestra consistía en 4 ó 5 personas. Nosotros teníamos un Contador y un Tesorero, un jefe de obras, para todo lo de las construcciones y los trabajos que se hacían, y también había un arquitecto. Bueno, era un equipito, y nos reuníamos todas las semanas. Todas las semanas teníamos la reunión de la Comisión de Administración, como se llamaba. Allí veíamos todos los problemas de la universidad, desde los más triviales hasta los más importantes, y se discutían en la Rectoría. Era un rito, bueno, no era un rito, era un trabajo regular, y ahí inmediatamente se resolvía; como estaban ahí todos los jefes y los responsables de todas las reparticiones administrativamente importantes de la universidad, esto se traducía en una acción inmediata, lo que también es una gran ventaja que da el tamaño. Mucho de lo que se pudo hacer en aquel tiempo se pudo hacer por eso, porque estaba todo en una magnitud manejable, entonces, avanzábamos con una celeridad enorme, con la que no se podría avanzar en una institución más grande donde todo es mucho más complicado en cuanto a la administración.

Eso hay que tenerlo presente, seguramente los sociólogos tendrán para ese tipo de diferencias institucionales algunos conceptos, pero en todo caso yo creo que estábamos en aquel tiempo en una institución que por su tamaño permitía un tipo de operación que de seguro no es posible en una institución más grande.

«Yo conocía personalmente a todos los profesores, nos veíamos en las reuniones que teníamos, era un ambiente de contactos intensos y de mucha unanimidad, de una unanimidad no provocada sino auténtica, porque estábamos todos metidos en una tarea que era muy difícil, la de poner a la universidad en una posición de prestigio».

«Esto de tener al tanto a prácticamente todos los profesores de los pasos que se daban y escuchar lo que ellos decían, es posible hacerlo en una universidad pequeña, en una ciudad pequeña, en que el contacto humano directo es practicable».

IC: Ahora es más complejo, bueno, es diferente... Y, aparte de trabajar tanto, porque yo veo que ustedes estaban dedicados solamente a trabajar, a preocuparse de la universidad ¿en qué se entretenían, se juntaban a conversar, salían, qué hacían?

FM: Si, bueno, salíamos de vez en cuando al campo, a los lagos... pero no mucho, no era muy frecuente que tuviésemos esa oportunidad, pero íbamos también a Niebla de vez en cuando. Pero realmente vacaciones, lo que se puede decir vacaciones, yo no recuerdo haber hecho en esos años. Me refiero a estar unas tres semanas descansando en un lugar, eso no ocurrió. Bueno, tal vez haya sido culpa mía, que no haya podido administrar bien mi tiempo, porque todo es posible. Pero no diría yo que nos matábamos trabajando, trabajábamos con cierta regularidad y continuidad... y como los contactos eran tan fáciles los problemas de la universidad estaban todos los días presentes. Porque, por ejemplo, si me encontraba un día en la calle con Ricardo Westermeyer empezábamos a hablar muy rápidamente del instituto lactológico, de los fondos, de los progresos de los estudiantes, etc. Digamos, se pasaba de las relaciones familiares y personales, muy rápidamente, a problemas de la universidad, no había barreras muy marcadas entre la vida privada y la vida institucional.

IC: Vivían en la Universidad...

FM: Vivíamos mucho en la universidad, si, es la verdad. Y para mí los ratos más agradables eran recorrer el campus con el arquitecto, que en ese tiempo era Eugenio Ringeling, y recorríamos el campus pensando qué se podía hacer, dónde poner un edificio, dónde poner esto o aquello... Esos eran momentos de placer porque eran acompañados de paseos, de gozar de los paisajes.

IC: Parece que tampoco había ese sentimiento de presión tan fuerte que hay ahora.

FM: Claro, el ambiente de Valdivia era tan tranquilo que evidentemente la ciudad misma no creaba ningún tipo de estrés, nadie podía decir ahí que los nervios... no, nuestros nervios estaban en buenas condiciones. Incluso ir a Santiago, aunque los viajes eran relativamente largos y no teníamos carreteras tan buenas como ahora, pero en fin, esos viajes, las diligencias a Santiago no eran

tan pesadas, era un trabajo permanente y constante, y la preocupación ciertamente no nos abandonaba, pero era algo que podíamos llevar.

IC: ¿Cómo veía la conexión con Valdivia, con la ciudad? ¿Los valdivianos mismos se interesaban, se preocupaban, admiraban, o simplemente estaban ausentes de la universidad que estaba creciendo al lado de ellos?

FM: Había, claro, de parte de toda la gente responsable de Valdivia, un gran apoyo. Los valdivianos se dieron cuenta rápidamente, en particular después del terremoto, que la universidad era "la institución" que podía sacar adelante a la ciudad, por el hecho de que ella había traído nuevas construcciones, nueva gente, alumnos, en fin, se vitalizaba la economía misma de la ciudad gracias a la presencia de la universidad. Y luego también cambiaba el clima anímico, se transformaba el espíritu mismo de la ciudad gracias a la presencia de los universitarios. Eso hacía que la universidad fuese muy importante para la gente y el apoyo a la universidad fuese bastante apreciable.

Había también cierta hostilidad en ciertos sectores de fuera de la Universidad, sí...

IC: ¿Sí?

FM:.. Sí, una hostilidad, diría yo, que no era muy manifiesta y en todo caso muy menor, tal vez hostilidad sea una palabra excesiva. Digamos: cierta distancia e incomprensión. A veces yo tenía la sensación que se esperaba de la universidad, en ciertos sectores de Valdivia, una labor diferente de la que estábamos haciendo. En particular porque cuando yo vine insistí mucho en que la universidad tenía que concentrar todos sus esfuerzos primero en su progreso científico y académico. Entonces, dije yo, nos vamos a olvidar de grandes planes de extensión cultural, o vamos a reducir al mínimo nuestras actividades hacia afuera mientras no tengamos resuelto lo que está adentro. Esa política la formulé con mucha franqueza, e incluso críticamente, porque mi impresión era, por ejemplo, que la Universidad de Chile en Santiago en aquel tiempo estaba haciendo demasiado hacia afuera y estaba insistiendo menos de lo debido en el trabajo interior, central de la universidad, trabajo científico y

formativo. Esa fue una bandera de nuestra política de entonces, la concentración en el desarrollo científico y académico, habilitación del profesorado, becas para que los profesores fueran a hacer masters y doctorados al extranjero. Y la verdad es que gran parte de ellos, prácticamente todos los que quisieron o estaban en condiciones personales de salir, salieron, de todas las facultades fueron al extranjero. Les conservábamos el sueldo y los ayudábamos a conseguir becas. Esto permitió, entonces, verdaderamente una renovación considerable. Los mejoramientos económicos se vincularon a ascensos bien calificados en el escalafón docente, o sea, al progreso científico de cada uno.

Pero claro, esa política no se veía mucho en las calles, es lógico. Parecía como si la universidad estuviera únicamente preocupada de sí misma y se desentendiese de las tareas comunes de la Región. Pero eso no era así, porque efectivamente nosotros teníamos, a través de la Facultad de Ingeniería Forestal, de Agronomía, Veterinaria, etc., una clara vinculación con los problemas de la región, y todo lo que se hacía aquí tenía consecuencias reales. Pero era un trabajo poco visible en algunos aspectos. Eso hacía que en ciertos sectores de Valdivia se la mirara como excesivamente académica, o tal vez como muy concentrada hacia adentro. Y a eso se agregó que yo, claro, nunca tuve un gran talento para las relaciones públicas, lo digo sin ironía, lo digo francamente, tal vez me faltó a mí, también, un poco la habilidad, el sentido para conectarnos mejor con otros sectores fuera de la universidad. No es que esto llevara a problemas serios, la verdad es que nunca tuve problemas verdaderamente serios en esta materia, pero tal vez algunas cosas habrían sido más fáciles si nuestras relaciones públicas hubieran sido de un comienzo más efectivas, más profesionales. La verdad es que a toda esa actividad yo decidí no darle mucha importancia. Después me di cuenta de que eso podría traer problemas. Entonces hicimos algunas cosas que tenían resonancia pública, y que estaban perfectamente en consonancia con nuestros propósitos, como, por ejemplo, el congreso de poetas que hicimos acá, que tuvo resonancia nacional, y después, las visitas de Pablo Neruda, que dio aquí tres recitales. Estuvo acá, viviendo en la Teja, en la misma universidad, en el año sesenta y siete, si no me equivoco, en enero del sesenta y siete. Y bueno, fueron cosas que ya empezaron a tener resonancia en la región, y nacional también, y fueron haciendo más conocida a la universidad.

IC: Bueno, de hecho, eso último es reconocido hasta el día de hoy. Valdivia en algún momento marcó un cambio en el centralismo de la institucionalidad literaria chilena, porque se concentró acá. Y eso, de una u otra manera, tuvo una importancia bastante grande. De manera que parece que fue una buena medida, primero concentrarse y, teniendo fuerza, ya, bueno, ahora abrámosla. Y fue una apertura muy fuerte porque hasta el día de hoy toda la gente recuerda a los escritores, los poetas, todos los profesores de ese tiempo recuerdan que el Rector de ese tiempo estaba preocupado directamente de esas actividades, que en un primer momento ¿a quien le iban a interesar? Pero eso, lo de Neruda, lo del grupo Trilce ¿fueron cosas más o menos programadas o surgieron de la misma vitalidad interior de la universidad?

FM: Surgieron de la misma vitalidad de los miembros de la institución. Naturalmente que yo estaba, siempre, subjetivamente, más que dispuesto a apoyar ese tipo de actividades que ya corresponden a mi propia especialidad, pero fueron surgiendo independientemente aquí. La verdad es que se formó este grupo Trilce, por ejemplo, con Omar Lara, con Enrique Valdés, con Carlos Cortínez, con Eduardo Hunter; se formó solo, la verdad. Empezaron ellos a reunirse, y entonces, claro, hablaron conmigo, y yo, en lo que los podía ayudar los ayudaba, pero no fue una cosa que se hubiera construido desde la dirección de la universidad. Lo que nosotros hicimos fue recoger, apoyar un esfuerzo que estaba surgiendo espontáneamente dentro de la universidad de Valdivia. Y bueno, eso se puede decir también, en general, con lo que ocurrió después, con el congreso de los poetas. Eso lo conversamos bastante con Cortínez, que era funcionario de la Casa Central. Ahí hubo cierto planeamiento, no recuerdo bien los detalles, pero hubo cierto planeamiento institucional, claro. Pero mucho, mucho, de la vida cultural de Valdivia en aquel tiempo era realmente algo que surgía espontáneamente de los estudiantes, de los mismos profesores.

IC: Parece que había un ambiente apropiado para ello, eso es lo que la gente recuerda.

FM: Sí, el ambiente era apropiado porque todo lo que hacíamos se conocía en todo el medio cultural valdiviano, ya que era poco lo que había. Es lo que pasa en situaciones de relativa pobreza. Claro,

«Esa fue una bandera de nuestra política de entonces, la concentración en el desarrollo científico y académico, habilitación del profesorado, becas para que los profesores fueran a hacer masters y doctorados al extranjero».

«Claro, nadie desea la pobreza, ni es deseable en sentido propio, pero hay que reconocer que ciertas formas de pobreza tienen una virtud y es que, claro, cuando hay muy poco, ese poco que hay recibe gran atención.».

nadie desea la pobreza, ni es deseable en sentido propio, pero hay que reconocer que ciertas formas de pobreza tienen una virtud y es que, claro, cuando hay muy poco, ese poco que hay recibe gran atención. Entonces, si venía alguien a dar una conferencia, por ejemplo, era el acontecimiento en Valdivia. No había televisión, de eso no hay que olvidarse. La verdad es que lo poco que había era, en su mayor parte, lo que llegaba a la Universidad. Y gran parte de eso, como los conciertos que hacíamos, aquí en la universidad, los hacíamos en esta misma sala, que era el salón principal de actos en aquel tiempo. Las reuniones con los profesores, las ceremonias anuales de inauguración del año académico, todo eso se hacía acá. También los festivales de cine, que también empezaron en ese tiempo a hacerse, no en una forma regular, pero uno o dos festivales de cine se hicieron en aquel tiempo. Sí, se hicieron con gente que vino de Santiago, claro, con películas extranjeras, fundamentalmente, pero se hacían festivales y se discutía, qué sé yo. Por eso tuvimos que arreglar esa sala que originalmente era plana, la visibilidad era pésima, los espectadores se tapaban unos a otros. Hubo que sacar todas las sillas y hundir el piso para darle la curvatura necesaria para que hubiera visibilidad. Porque estábamos pensando justamente en eso, que si íbamos a hacer cine, conciertos y teatro, no podíamos tener la sala así. Es revelador que me acuerde de esto que es, de veras, una minucia, pero ella apunta a la realidad de las circunstancias de entonces. Bueno, eran los pequeños problemas de ese mundo ¿no? Pero eso indica que no había otra sala de cierto tamaño en Valdivia. Bueno, existía, claro, el teatro Cervantes, que se podía usar en algunos casos, pero era un cine que no era parte de la universidad. De modo que nuestros recursos eran pocos y había que usarlos al máximo.

IC: Hay un colega nuestro que está haciendo una historia de la Universidad. Cuando uno llega, lo primero que trata es de saber qué es lo que sucedió antes, qué es lo que pasó, y hay como ciertos momentos bastante marcados, momentos románticos, del origen, de la fundación, de la cual el Dr. Morales es, naturalmente, la gran figura que aparece. Personalmente creo que hay otras grandes figuras, como la de Italo Caorsi que debiera estar mucho más presente, porque él fue el fundador de muchas cosas académicas. Y hay, bueno, una serie de hitos en ese proceso. Cuando usted llegó acá, naturalmente que el Dr. Morales había fundado toda esta idea, este proyecto, este sueño de universidad, había como cierta

orientación de él. El quería una universidad, entiendo yo, científica, una universidad con ciertas características. Después, parece que las situaciones del momento le impidieron hacer eso, tuvo problemas con los profesores, etc. Y pasó finalmente el hecho de que tuvo que renunciar. Ahora, algunos dicen que cuando usted vino, instaló la Universidad de Chile acá en Valdivia ¿es cierto eso... o no?

FM: No en absoluto, porque yo me vine a Valdivia después de haber hecho una crítica pública bastante severa de la Universidad de Chile. Supongo que esos documentos son conocidos. De modo que por ningún motivo quería yo repetir aquí las reformas universitarias que había vivido la Universidad de Chile, porque las veía como incapaces de resolver los problemas. Mucho de lo que se había hecho en Valdivia en los años antes de llegar yo acá me parecía bien, me parecía bien orientado, y esas cosas no cambiaron, porque habría sido absurdo modificarlas. Desde luego, para decir concretamente lo que estoy pensando, Eduardo Morales tenía la idea, en la cual había un elemento romántico, pero la idea era sana, de que la Universidad tendría que constituirse en torno de investigadores de alta jerarquía, que hicieran su investigación y se fueran rodeando de discípulos. La idea de Humboldt, la idea clásica de la universidad moderna, digamos. Y esa era una idea que yo, como tantos, conocía y me parecía en sí óptima. El problema era, claro, cómo concretarla, cómo darle a eso una estructura institucional adecuada a las circunstancias nacionales. Porque eso en ninguna parte funciona perfectamente, en forma pura, siempre hay que construir en torno a ese ideal caminos que vayan guiando a los estudiantes, en primer lugar capacitándolos para hacer precisamente eso, para participar en las investigaciones de sus maestros, cosa que no se puede hacer de inmediato, porque hay cosas elementales que el estudiante tiene que estudiar antes de entrar a hacer investigación en serio. Bueno, entonces nosotros nos fuimos ocupando de eso, de darle realidad a esa idea, en que estábamos todos de acuerdo, que esa idea era importante y era la manera de renovar la universidad chilena. Fuimos haciendo lo posible por abrir viabilidad institucional a esa idea. Así que no, en absoluto. Al contrario, la polémica con la Universidad de Chile siguió, en términos cordiales, porque yo debía mucho a quien era el Rector de la Universidad de Chile en aquel tiempo, a don Juan Gómez Millas, que había sido mi Decano, que incluso me había enviado a Alemania a estudiar. A él le debo la beca que me permitió ir a Alemania a

estudiar, y él fue siempre para mí un amigo paternal. Así que cuando yo polemizaba con él, que lo hicimos incluso públicamente en Valdivia cuando inauguramos, creo, la Escuela de Medicina, hablamos ahí, polemizamos en el acto inaugural, pero siempre, claro, en términos de respeto, y de gratitud de mi parte. Pero siempre se mantuvo esa polémica. Y creo que, además, mucha gente de la Universidad de Chile, y el propio Juan Gómez en más de un sentido, estaba de acuerdo con lo que estábamos haciendo acá, y lo veían efectivamente como un camino de mejoramiento. Que era, en buenas cuentas, poner la investigación científica en el centro de la institución. Hacer que el trabajo docente fuera algo perfectamente ordenado y eficiente, pero que no estuviera separado de la investigación, sino que hubiera comunicación viva entre estas dos esferas. Y por lo tanto, como consecuencia de eso, hacer todos los esfuerzos posibles para la capacitación científica del personal docente. Como todos sabemos, por razones que no eran culpa de nadie en particular sino de la tradición en que estábamos trabajando, no había existido en todas partes la idea de que los profesores universitarios tenían que hacer investigación. Muchos, muchos buenos profesores que nosotros tuvimos, que yo tuve cuando era estudiante en Santiago, eran excelentes profesores que nunca hicieron investigación en su campo, sino que simplemente leían atentamente y bien lo que se hacía en España y Europa, y nos transmitían a nosotros eso. Y con eso nosotros aprendimos, por cierto, mucho. No se puede despreciar esa habilidad de asimilación y transmisión del saber hecho por otros, en absoluto. Yo creo que sería absurdo negar la importancia que eso tiene y que sigue teniendo todavía, porque gran parte de la labor que nosotros hacemos como profesores es también la transmisión de cosas que están ya hechas, que están sabidas, pero que el estudiante tiene que conocer. Pero claro, nosotros nos dimos cuenta, esto no es suficiente. Esto está hecho honorablemente, pero no es suficiente, hay que dar un paso más allá, el país tiene que ponerse a la altura de los demás países, de los mejores. Tenemos que convertirnos en un país en que se hace ciencia, en que se hace investigación.

Agregaré que, en el fondo, no había mucha diferencia entre Juan Gómez y nosotros con respecto a los ideales universitarios. Lo que había eran diferencias en la rigurosidad de su implementación. La enorme rigidez de los intereses establecidos y posiciones heredadas en la Universidad de Chile hacía imposible una ejecución radical

de la idea universitaria. Ellos se veían obligados a aceptar muchos compromisos contrarios a su pensamiento, y a crear, ineconómicamente, organismos paralelos a los existentes, para revitalizar la actividad científica. Nosotros pudimos ser en gran medida consecuentes con la idea directriz. Por eso se tiende a definir el período de la Universidad Austral que me tocó presidir como uno de depuración y consolidación en lo académico.

Eso sí, se suele olvidar que fue también un período de consolidación administrativa, financiera y económica. Pronto se llegó a trabajar, y luego año a año, con presupuestos nunca deficitarios, mientras sueldos y salarios tenían aumentos reales sostenidos. Se pudo adquirir el terreno de la Cervecería, el mejor de la ciudad, también Teja Norte y fundos para forestales y agropecuarios. Quedaron resueltos conflictos jurídicos que venían de atrás. Todo eso está consignado en las Memorias anuales que presentábamos. Es el resultado, como he dicho, de un esfuerzo colectivo, el fruto del consenso básico que existió. En cuanto a qué individuos se debe más dentro de este esfuerzo de muchos, creo que si tuviera que dar tres nombres de los que, en mi opinión, han orientado y servido óptimamente a la Universidad Austral por decenios, diría Ítalo Caorsi, Ricardo Westermeyer y Federico Saelzer. Pocos conocen en toda su magnitud lo que esta institución les debe.

IC: ¿Cuándo usted habla de ciencia está pensando solamente en las ciencias naturales o está pensando también en las ciencias...?

FM: No, estoy pensando en todas las ciencias, en las ciencias humanas, en todas. Porque, en efecto, las ciencias naturales llevaban una cierta ventaja, ¿no? En Chile, la investigación científica universitaria regular en la medicina, la fisiología, todo esto, había empezado antes. Existían figuras, algunas de las cuales conocí, como Joaquín Luco, Héctor Croxatto y otros, que habían establecido en Chile la investigación como parte fundamental del trabajo universitario. Algunos se habían ya formado en centros de los mejores del extranjero. Pero en nuestras disciplinas no había tanto, excepto, creo, en la Historia y en la Lingüística, de fuerte tradición desde el siglo XIX ¿qué duda cabe? Entre nosotros, la figura ejemplar era Rodolfo Oroz. Pero, como diría... el erudito, el investigador, era visto como la excepción. No se pensaba, digamos, que todos los universitarios tenían que estar en esta tarea. Tampoco

«Hacer que el trabajo docente fuera algo perfectamente ordenado y eficiente, pero que no estuviera separado de la investigación, sino que hubiera comunicación viva entre estas dos esferas. Y por lo tanto, como consecuencia de eso, hacer todos los esfuerzos posibles para la capacitación científica del personal docente.»

«sí, en aquellos años la Facultad de Filosofía y Humanidades ofrecía cursos básicos a todos los estudiantes, era, digamos, la parte humanística de la facultad básica.»

existían las condiciones, porque, por cierto, muchos profesores universitarios trabajaban por horas en la universidad, y también daban muchas clases en la educación secundaria o ejercían en sus profesiones. No existía casi el profesor de tiempo completo. Eso se ha olvidado un poco, lo difícil que eran las condiciones de un profesor universitario alrededor del año cincuenta, o un poco antes cuando yo era estudiante. Muy pocos profesores lo eran full time, y la mayoría de ellos se ganaba la vida en una variedad de actividades, no profesionales a veces, y daban algunas horas en la universidad. Entonces, no se podía esperar que en ese sistema se creasen las condiciones para una actividad científica consistente y sostenida. Se daba, como digo, solamente en algunos sectores de la universidad. Entonces, creo yo que eso fue lo que ocurrió en Chile a mitad del siglo XX, que gente como Gómez Millas, que tuvo una gran influencia en Santiago, en la Universidad de Chile, pero también en el clima general del país, el mismo Jorge Millas, bueno, y muchos otros, lograron iniciar un giro hacia la profesionalización del profesor universitario y su definición como científico. Y algunos justamente de aquí de Valdivia, como Italo Caorsi, Ricardo Westermeyer, Eduardo Morales, que ya mencioné, quienes, no obstante vivir en la realidad de sus profesiones, veían claramente lo que había que hacer en la Universidad. Bueno, todos ellos fueron creando la sensación de que esto tenía que transformarse. Y en ese clima, entonces, me vine yo, convencido profundamente de que ésta era la tarea. Y lo que tratábamos de hacer era justamente eso, dar los pasos para que la institución hiciera posible a sus miembros vivir esta misión científica.

IC: ¿Esta visión de que todo universitario debe hacer investigación y que toda la docencia y la extensión, y su vida personal también están conectadas a ella hizo que se transformara alguna área de la universidad? Porque en ese tiempo, entiendo que había una antigua facultad de estudios generales, y después apareció la facultad nuestra, que en ese tiempo se llamaba...

FM: Sí, Filosofía y Humanidades, me parece, sí.

IC: Y claro, me parece que ¿habían ciertas actividades comunes ahí? Se supone que habrían algunos elementos, que serían interesantes para los dos, y que coincidieron históricamente ¿no?

FM: La separación de la Facultad de Estudios Generales y la Facultad de Filosofía y Letras hubo que anularla. Una de las primeras cosas que yo hice fue proponer racionalizar el sistema de las facultades, porque me parecía que estábamos duplicando los esfuerzos, que no se podía en una universidad tan pequeña y con tan pocos recursos, duplicar los esfuerzos. Entonces, hubo ahí un proceso de reorganización, en torno a los institutos centrales que servían a las diversas facultades. Se mantuvo, eso sí, la idea de la facultad de ciencias, una facultad básica, eso sí se mantuvo, naturalmente, porque era la idea económica, natural y lógica, que se iniciaran ahí los estudios de los estudiantes que iban a diversas especialidades. En términos generales la idea se aplicó, y se aplicó creo yo, felizmente, que los estudiantes se formaran primero en las ciencias básicas, en cursos comunes a todas las escuelas, y que después se fueran repartiendo. También en eso hubo que hacer un esfuerzo de racionalización porque en eso la universidad no había sido del todo consecuente, se habían dado algunos pasos contradictorios.

IC: Bueno, la idea de una facultad central de Ciencias, creo que se sigue hasta el día de hoy y fue bastante productiva. ¿Nunca se pensó en una facultad central de Humanidades o algo así?

FM: Bueno, sí, en aquellos años la Facultad de Filosofía y Humanidades ofrecía cursos básicos a todos los estudiantes, no sé si ahora será ese el caso, pero en ese tiempo tenía también esa función. Era, digamos, la parte humanística de la facultad básica. Entonces, había cursos, por ejemplo, de introducción a la filosofía y otros que se ofrecían a los estudiantes de las demás escuelas. Existía una conexión básica, no estábamos separados en forma radical.

No recuerdo claramente los detalles de esas relaciones, pero inclusive yo mismo estuve dando cursos de introducción a la filosofía, el tiempo que pude, que no fue mucho, lo que me dejaba la Rectoría, y ahí teníamos estudiantes que después se iban a diversas escuelas.

IC: Bueno, eso se ha mantenido bastante, pero no ya como algo general sino en algunas áreas. Y en este momento hay un proyecto

de pensar eso de nuevo. Ha habido varios momentos en la universidad en que se ha pensado como lograrlo, ha habido algunas facultades que han planteado directamente la necesidad de alguna tarea, de algunos estudios humanísticos para los estudiantes. El problema más complicado es que hay tanta asignatura, hay tanto que estudiar, que nadie quiere agregar más clases. Entonces, los directores dicen que es algo que hace falta, que los estudiantes sean más humanos, que sean humanistas, pero no les podemos quitar la clase de esto, o la clase de esto otro.

FM: Sí, claro, ese es un problema muy difícil de resolver, y tal vez no es posible resolverlo bien, porque, si comparo la experiencia internacional, el problema existe en todas partes. Tenemos, por ejemplo, en Estados Unidos, con todo lo eficiente que es la universidad norteamericana y lo óptimamente racionalizada, vemos que los estudiantes se doctoran después de los treinta años. Entonces, hay un problema de prolongación de los estudios muy grande, que se debe en gran parte a que en el sistema norteamericano, en los primeros cuatro años de universidad, lo que es el College propiamente tal que los estudiantes cursan entre los dieciocho y los veintidós años, por lo general, son cuatro años de formación general, no están todavía en ninguna escuela especial. Están sólo en parte en lo que ellos llaman el “major”, o sea, cierta concentración preliminar en un campo de estudio. La concentración, por ejemplo es que si un estudiante piensa que va a estudiar medicina se va a concentrar en las ciencias biológicas, pero tiene que estudiar de todas maneras arte y música, una lengua extranjera, y letras, historia y filosofía, porque eso se lo exigen. Y el que quiere estudiar filosofía tiene que hacer cursos de introducción a la física o a la química, y tiene que estudiar algo de matemáticas, en fin. Este sistema, que funciona bien allá, es como una versión superior de la educación secundaria tradicional, de la educación secundaria clásica, lo que se llama dar al estudiante una formación “completa”, que claro, es un ideal inalcanzable, pero persisten ciertos elementos de este ideal. La universidad americana hace eso en los cuatro años del College. Y después de eso los estudiantes obtienen su bachillerato, lo que allá es el bachillerato. Entonces el estudiante solicita admisión a las escuelas profesionales de medicina, de derecho o de ingeniería, o a los estudios científicos graduados, al master en ciencias, en letras o filosofía o historia, en fin, y después al doctorado. Bueno, y estos estudios, en las escuelas ya

profesionales, se prolongan más, sobre todo, por razones que sería largo de explicar, pero que son atendibles, en las humanidades. El estudiante de las humanidades es el que se demora más en finalizar sus estudios. El doctorado en química o biología es un doctorado que estadísticamente creo que se obtiene en dos años menos que el doctorado en humanidades. Esto se debe naturalmente a la naturaleza de las disciplinas. Nuestra disciplina nos exige una relación con su propia historia que no se le exige al que hace ciencias naturales. El que estudia ciencias naturales no tiene necesidad de empezar con los tratados pertinentes de Aristóteles, nosotros tenemos que empezar con Aristóteles, y eso hace que no sea tan fácil avanzar en nuestra especialidad.

Entonces, esos problemas, me parece a mí que están actualmente de algún modo, detrás de algunas inquietudes que hay en Chile, porque lo veo en Santiago también en algunas conversaciones que tengo con mis colegas. En las universidades nuestras se piensa, como se piensa en Europa en este momento, en introducir algo equivalente al sistema norteamericano. En las universidades alemanas se está pensando ahora muy seriamente en la creación de este bachillerato de tipo norteamericano como general, previo a los estudios profesionales. Y aquí en Chile también hay proyectos así.

IC: Sí, aquí mismo en la universidad existe un proyecto así.

FM: Yo creo que ese proyecto, si se maneja bien, es posiblemente una solución, dados los problemas que presenta la educación secundaria y la necesidad de educar, bueno, educar en un sentido amplio de la palabra. Me parece a mí que eso se puede hacer, pero exige una maquinaria administrativa complicada, que hay que manejar con gran rigor, porque de otro modo no funciona. En Estados Unidos, como digo, a pesar de la enorme eficiencia, de la reconocida eficiencia de las universidades americanas, hay, en cada una, gran cantidad de gente que trabaja en esto, y esto supone calificación de personal y altos costos. Por ejemplo, los orientadores vocacionales son un ejército, porque todo estudiante que llega a estudiar al college, como se supone que en un momento va a tener que decidir en qué dirección quiere ir, tiene, sobre todo en los primeros dos años, una muy intensa relación con consejeros. Y esos consejeros son, entre otros, profesores de la universidad que

*«cuando dejé la rectoría
tuve que pasar un par de
años recuperando ese
tiempo en que no había
podido atender a los
desarrollos de la
disciplina.».*

«Bueno, la experiencia más positiva, es, creo yo, la experiencia humana de aquellos años. La solidaridad, la compañía, el aliento de mis colegas y de toda la gente que participaba en la empresa de la universidad, entre los cuales debo destacar a la propia Federación de Estudiantes».

solicitan o tienen que hacer esto, a los cuales se les asignan cinco o seis alumnos de los que se tienen que preocupar desde el primer momento y con quienes deben conversar regularmente, todas las semanas, para ver cómo va el alumno, cómo van sus resultados, qué notas está sacando. Es decir, es complicado y exige un esfuerzo personalizado, minucioso, muy grande. Pero, el problema es que sin ese esfuerzo el sistema no funcionaría. Por eso es que si hacemos este esfuerzo, si hacemos un cambio así en Chile, que por muchas razones sería deseable, tendríamos que buscar una fórmula que lo haga aplicable en nuestra realidad. Porque nada se puede copiar igualmente. Lo peor que se puede hacer es copiar un sistema extranjero exitoso. Porque ha sido exitoso allá no quiere decir que vaya a ser exitoso acá ¿verdad?. Hay que concebir las cosas en relación a nuestros hábitos, nuestras tradiciones y posibilidades.

IC: Dos preguntas y nada más. La primera es si el tiempo en Valdivia le ayudó o le dificultó continuar sus propias investigaciones.

FM: Bueno, fue un tiempo en que poco avancé en investigación. No digo que mi desarrollo intelectual se haya detenido, no, pero en la especialización, propiamente tal, los trabajos más estrictamente en el campo que estaba yo, de análisis, estudios literarios, teóricos, ahí, durante esos años, seis años, no pude seguir atentamente lo que estaba pasando. Me enteré de ello, pero no con la suficiente propiedad. Eso tuve que hacerlo después, cuando dejé la rectoría tuve que pasar un par de años recuperando ese tiempo en que no había podido atender a los desarrollos de la disciplina. Y fue un tiempo importante, porque fue el tiempo del estructuralismo literario, en los años sesenta. Se publicaron muchas cosas importantísimas que yo tuve que recoger con cierta posterioridad. Pero en fin, fue factible eso y después de unos años me sentí de nuevo dentro de la disciplina, al tanto de los adelantos. Pero, lo que gané, sí, que también es una ganancia intelectual, es exponerse a tanta cosa diferente como es el mundo político, el complejo mundo social. Todo ese tiempo fue un período de maduración importante para mí.

IC: Y bueno, para terminar le pediría que me dijera cual fue su experiencia más positiva, en todo sentido, como rector, como profesor y como persona, que recuerde de este tiempo en Valdivia, en la Universidad Austral de Chile.

FM: Bueno, la experiencia más positiva, es, creo yo, la experiencia humana de aquellos años. La solidaridad, la compañía, el aliento de mis colegas y de toda la gente que participaba en la empresa de la universidad, entre los cuales debo destacar a la propia Federación de Estudiantes, y en especial su entonces presidente, Carlos Amtmann. Yo los recuerdo con enorme afecto y todavía me veo con muchos de ellos. Algunos, lamentablemente, han fallecido entre tanto; pero cuando puedo me veo con estos colegas y alumnos que fueron un sostén tan grande, y con quienes compartimos todos estos ideales y estos esfuerzos. Eso es para mí indeleble.

Ahora, experiencias negativas, yo no recuerdo realmente experiencias negativas de importancia, porque creo que no las tuve.

IC: Bueno, así no tuvo afortunadamente experiencias que pudieran considerarse negativas.

FM: No, las únicas experiencias que yo... los únicos recuerdos de mi experiencia en Valdivia que me parecen más cercanos a algo deprimente corresponden a cuando yo ya había dejado la Rectoría, en los años en que estuve haciendo clases. Porque estábamos en un período difícil en el país, un período que era amenazante, que uno sabía que no iba a terminar muy bien. Los conflictos eran muy agudos, había un clima de hostilidad recíproca que no habíamos conocido antes, porque, que yo recuerde, claro, siempre había habido conflictos, naturalmente, diferencias de opinión, pero esto había adquirido otro carácter, era algo nuevo en la historia del país o por lo menos en varias generaciones. Eso lo recuerdo con cierta pena, las tomas de la universidad, en aquellos años, que no eran lo que nosotros conocíamos. Nosotros también nos habíamos tomado la universidad, pero ello había adquirido un carácter diferente, se habían creado grupos armados, no hay que olvidarse de eso. Entonces ya eso iba adquiriendo un cariz que a mí me preocupaba profundamente. Ahora, yo me fui de Chile con el propósito de volver, no me fui de Chile por esto ni mucho menos, sino que salí por una invitación a hacer un año o dos de Visiting Profesor en Iowa, y justamente el tiempo en que estuve allá las cosas fueron empeorando todavía más, y después vino el golpe militar, y todo eso. Y entonces mis deseos de volver de inmediato fueron debilitándose, no pensé que regresar en ese momento permitiría hacer una labor muy prometedor, y me fui quedando. Después, lo

he lamentado en parte, porque alejarse del país propio es una cosa que se paga a un precio muy alto. Pues, como dice Ortega, yo soy yo y mis circunstancias... y si las circunstancias se dan en cierta manera... Pero, así es la vida, hay problemas que no se pueden resolver bien, y hay que asumirlo.

Pero, como digo, ese es el único momento en que tuve una experiencia valdiviana que yo podría señalar como un momento de preocupación profunda y de tristeza, lo demás, no. Todo lo demás es algo que miro con gran nostalgia.